

ESPAÑA

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CALLE DEL PRADO, 11.—APARTADO DE CORREOS N.º 139
TELÉFONO 5233

1922

SUSCRIPCIÓN: UN AÑO, 17,50 PESETAS.
SEMESTRE, 9 PTAS. - TRIMESTRE, 5 PTAS.
EXTRANJERO, UN AÑO, 27,50 PTAS.

MADRID, 4 NOVIEMBRE

SEMANARIO DE LA VIDA NACIONAL

AÑO VIII—NÚM. 342

EL FASCISMO ESPAÑOL

La victoria del fascismo italiano ha producido en España una impresión que rara vez producen entre nosotros acontecimientos de orden internacional. No ha faltado periódico de la derecha que enarbolase el estandarte fascista y tocase a rebato citando con delectación los apóstrofes que el buen Mussolini ha tomado del acopio literario de D'Annunzio. Unas hipotéticas camisas negras se han conmovido ante el triunfo fascista y acaso algún hidalgo rural déspota y cazador piense a estas horas en marchar sobre Madrid al frente de sus huestes campesinas.

Esa impresión no es extraña. Las obras de los grandes escritores nos conmueven más cuando hallamos expresados en ellas secretos anhelos y vagas aspiraciones nuestras. Y también en España hay un fascismo latente que no ha estallado aún porque las circunstancias no han favorecido su expansión. No es el fascismo, no, enteramente exótico en España. No es preciso ser un lince para descubrir en la confusión de la presente vida española fenómenos conexos con él: Sindicatos libres, Juntas de defensa, Acción ciudadana. Y si fuera preciso un Mussolini, ahí está D. Alejandro Lerroux, que haría el papel a maravilla, y que ya tiene casi hecha la literatura de las futuras arengas fascistas.

En sustancia, el fascismo es un movimiento profundamente reaccionario; una de las formas locales que la reacción de la post-guerra toma en Italia. Pero todos los instintos que contribuyen a formar esta amalgama alientan en España y si no han estallado con la misma violencia, acháquese de una parte a la inercia española y de otra a que la reacción española apenas tiene con quien luchar. Se están riñendo ac-

tualmente en Europa batallas que se consideraban definitivamente resueltas en el siglo XIX. Fuerzas que se consideraban sometidas levantan en todas partes la cabeza, favorecidas por el estado de zozobra y desasosiego que ha traído consigo la post-guerra, y por el apocamiento de la ideología progresista que había infundido confianza y brío a la generación anterior.

Todos los instintos que han determinado la explosión del fascismo italiano viven latentes en España. Acaso el antecedente histórico del fascismo haya que buscarlo en el carlismo español y entre el fascista y el faccioso haya más analogías que las puramente auditivas. La misma confusión ideológica, el mismo espíritu de prorealismo y violencia, los instintos feudales del campo en protesta contra el espíritu civil de las ciudades, contra una concepción racional de la vida, contra la idea liberal que recoge el viejo concepto elaborado en la *polis* griega, en la *civitas* romana, el imperio del *nomos*, de la *lex*, de la ley, el imperio de la norma objetiva e igualitaria, frente al subjetivismo personal y arbitrario. En suma, la Edad Media contra las conquistas de la enciclopedia y el racionalismo. La resistencia rural frente a una concepción de la vida, obra de los comerciantes e industriales y elaborada por sus ideólogos. Con sólo una infusión de espíritu antisocialista, para actualizarlo, he aquí el fascismo.

Entonces ¿por qué no se ha producido en España el fascismo? Sencillamente porque el espíritu liberal contra el que reacciona no ha imperado entre nosotros, y porque la ofensiva antiobrera ha corrido aquí a cargo del ejército. España no ha sido nunca país de revoluciones, ha sido país de pronunciamientos. El ejército ha

hecho los movimientos liberales que se llaman en España pomposamente revoluciones, y que no han sido más que pronunciamientos en mayor escala; el ejército ha producido igualmente todas las reacciones. Martínez Anido ha sido en Barcelona el brazo ejecutor de las Juntas de defensa, y cuantos gobernadores han intentado implantar en Barcelona, la única ciudad española en que el obrerismo ha ejercido una acción verdaderamente intensa, una política civil—repárese en la sinonimia etimológica del sustantivo y el adjetivo—han tenido que salir por una algarada fascista... ejercitada por los sables militares. Si los patronos barceloneses no hubieran contado con el ejército, que les ha sustituido con ventaja; si al propio tiempo una propaganda intensa hubiera alzado al proletariado de los campos españoles, hubiéramos visto nacer las escuadras fascistas o facciosas, las camisas negras o las boinas rojas.

* * *

Hay, pues, un fascismo latente en España. Latente por la sencilla razón de que no necesita manifestarse para triunfar. La reacción está siempre presta a la ofensiva. Pero sería demasiado pedirle que emprendiese una ofensiva contra sí misma, cuando es ella quien gobierna por medio de los poderes oficiales, y quien cuando es necesario zurza a éstos con sus organizaciones de combate militares y civiles. ¿Cuál es el triste papel del liberalismo español entretanto? Al liberalismo español le correspondía una ofensiva brava y violenta. Habría que sacar de los armarios los viejos morriones de los milicianos y resucitar enardecidos con nuevo fuego los tópicos presentes. Habría que provocar en sus cubiles a ese fascismo latente, obligarle a salir de ellos y darle en plena luz la batalla decisiva, cruenta o incruenta, una batalla que no fuera un pronunciamiento más, sino una revolución, la primera revolución española.